

UN MUNDO INFELIZ: TEORÍAS DE LA COMUNICACIÓN Y ESCENARIOS DISTÓPICOS CONTEMPORÁNEOS

AN UNHAPPY WORLD: COMMUNICATION THEORIES AND CONTEMPORARY DYSTOPIAN SCENARIOS



Guillermo López García 
Guillermo.Lopez@uv.es
Universitat de València

Catedrático por la Universitat de València, es coordinador del grupo de investigación Mediaflows, director del Grupo de Investigación de Medios Valencianos, y también dirige la Cátedra de Análisis y Prospectiva de lo Audiovisual (CAPA). Con más de veinte libros publicados, su estudio se centra en la comunicación política digital y los nuevos medios de comunicación.

Resumen

Este artículo se centra en las distopías. Distopías en la ficción, que cada vez prevalecen más; situaciones distópicas del mundo real; y de la importancia crucial de todo lo que tiene que ver con la comunicación en la configuración de dichas distopías. Ejemplifica el entusiasmo por lo distópico mostrando la vinculación entre las distopías y algunos de los principales acercamientos teóricos que tratan de explicar el funcionamiento de la comunicación en el complejo escenario contemporáneo, así como por la irrupción de distopías momentáneas, como la crisis del Covid-19, el apagón eléctrico en España o la Dana de Valencia. El planteamiento del artículo puede resumirse en esta idea: vivimos en un sistema de comunicación netamente distópico. Bien sea porque la comunicación es una herramienta de control, bien sea porque los dispositivos de comunicación están descontrolados. Y a menudo -por increíble que parezca- por control y descontrol a un tiempo. El afán por controlarlo todo y la percepción de que cada vez más cosas escapan a nuestro control y el de los gobiernos y corporaciones que teóricamente intentan controlarnos.

Palabras clave

Distopía, comunicación, control social, crisis contemporáneas, teorías de la comunicación

Abstract

This article focuses on dystopias. Dystopias in fiction, which are increasingly prevalent; dystopian situations in the real world; and the crucial importance of everything to do with communication in the configuration of such dystopias. It exemplifies the enthusiasm for the dystopian by showing the link between dystopias and some of the main theoretical approaches that try to explain the functioning of communication in the complex contemporary scenario, as well as by the irruption of momentary dystopias, such as the Covid-19 crisis, the electrical blackout in Spain or the Dana of Valencia. The approach of the article can be summarized in this idea: we live in a clearly dystopian communication system. Either because communication is a tool of control, or because communication devices are out of control. And often - incredible as it may seem - because of control and uncontrol at the same time. The desire to control everything and the perception that more and more things escape our control and that of the governments and corporations that theoretically try to control us.

Keywords

Dystopia, communication, social control, contemporary crises, communication theories

En demostración del compromiso del autor con el mundo distópico que nos ha tocado vivir, este artículo terminó de escribirse en el escenario más distópico que cabe imaginarse: en el Starbucks de un aeropuerto y en el horripilante vuelo de Ryanair posterior.

La palabra “distopía” hace referencia a un mundo futuro en el que las cosas van mal, en un sentido u otro. Generalmente, como las distopías provienen de obras de ficción, funcionan como advertencias de lo que podría pasar si las cosas se tuercen. A menudo, es relativamente sencillo encontrar elementos de nuestra sociedad actual en el germen de distopías futuras. Así, la distopía es un ejercicio de imaginación, pero también es una advertencia: cuidado, porque las cosas podrían acabar así (de mal). De hecho, el término distopía es acuñado inicialmente por el filósofo inglés John Stuart Mill en 1868, para hacer referencia a sociedades que adoptan decisiones erróneas y perjudiciales, que inevitablemente conducen al desastre. La distopía se erige, así, en el opuesto de la *Utopía*, el paraíso idílico de Tomás Moro (1516).

La distopía siempre ha sido un planteamiento narrativo muy atractivo, empleado en todo tipo de obras literarias, videojuegos, producciones audiovisuales, etcétera. La distopía nos sumerge en otros mundos alternativos al nuestro, pero similares en muchos aspectos. No es el mundo en el que vivimos, pero muchas veces parece que podría serlo, porque emerge de él. Por ejemplo, son famosas las dos distopías elaboradas por George Orwell en su novela *1984* (publicada inicialmente en 1949) y Aldous Huxley en *Un mundo feliz* (1932). Ambas plantean sistemas de control social muy perfeccionados y con derivaciones claras en la sociedad contemporánea.

Orwell vs Huxley: modelos de control social

En la distopía de Orwell, este es un control que se establece a través de la propaganda y la coerción. El lenguaje se modifica y adapta (*neolengua*) para ajustarse a las necesidades del sistema político-social (ingsoc, socialismo inglés, indisimulada evolución del modelo soviético). El líder máximo, el Gran Hermano, es omnipresente en la sociedad. *1984* es una obra que deriva directamente de la preocupación de Orwell por la deriva del comunismo bajo Stalin (también reflejada en su novela anterior *Rebelión en la granja*, de 1945), que el autor pudo observar en primera persona cuando fue voluntario en la Gue-

rra Civil Española y asistió a las purgas estalinistas contra el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). Como metáfora futurista y denuncia del totalitarismo, tuvo (y tiene) una influencia inmensa, reflejada en la cultura popular (con resultados tan variopintos como el reality show “Gran Hermano”, basado justamente en la idea de que nada escapa al control de las cámaras, que graban incesantemente a los concursantes haciendo *edredoning*).

En paralelo, unos años antes de la aparición de *1984*, el escritor inglés Aldous Huxley escribió la novela *A Brave New World* (*Un mundo feliz*, 1932). Huxley también presenta una distopía basada en el control de la población, pero aquí se nos muestra envuelta en un papel de regalo mucho más amable: la sociedad está perfectamente organizada en estratos, predeterminados por las condiciones de cada ciudadano en el nacimiento, que se da en unas incubadoras gestionadas por el Estado. Según la vida que se ha previsto para cada cual, expresada en las letras del alfabeto griego, pueden pertenecer a la élite (los Alpha), a los más desfavorecidos (los Épsilon) o

a cualquier estadio intermedio. Pero lo interesante de *Un mundo feliz* es que aquí el control no se ejerce mediante la coerción; no es necesario, pues todo el mundo está donde quiere

estar, y hace lo que quiere hacer, según han sido predeterminados desde su nacimiento. Cuando los pocos que están insatisfechos con la situación (generalmente, debido a fallos en el condicionamiento al nacer) buscan revolucionar a los Épsilon, estos se niegan, porque lo único que quieren es hacer lo que han hecho siempre, y recibir su ración de soma (la droga relajante que contribuye a mantener a todo el mundo contento). Finalmente, los insatisfechos acaban siendo enviados al exilio en una isla, donde, rodeados de gente como ellos, son felices, pues pueden dedicarse 24 horas al día a criticar el sistema y manifestar su alivio porque creen no formar parte de él (¡cuánto nos recuerda la isla de *Un mundo feliz* a un departamento universitario!).

Así como *1984* es una distopía basada en el control coercitivo y propagandístico que se vincula claramente con el totalitarismo comunista, *Un mundo feliz* plantea otro tipo de control, también familiar: el basado en el placer derivado del consumo. Efectivamente, *Un mundo feliz* parece una metáfora precisa de los males, menos evidentes, que conlleva un modelo capitalista, que consigue, a base de consumo, mantener contentos a los ciudadanos, que en su inmensa mayoría se encuentran aliena-

La distopía es un ejercicio de imaginación, pero también es una advertencia: cuidado, porque las cosas podrían acabar así (de mal).

dos por los bienes de consumo que el sistema les proporciona, como también supo indicar Marcuse (1994) [1964].

Teorías clásicas de la comunicación y control distópico

Es interesante resaltar, y ese es el propósito principal de este artículo, que ambas obras parecen ajustarse bastante bien a las teorías de la comunicación coetáneas. Si 1984 plantea una visión que nos retrotrae claramente a la época de la teoría hipodérmica y la preocupación extrema por el poder de la propaganda política, expresada en trabajos tan explícitos como el de Serge Tchakotine, *Le viol des foules par la propagande politique* (1992) [1939], *Un mundo feliz* ofrece un planteamiento más sinuoso, que se adapta perfectamente a las observaciones de la *Communication Research*. La teoría de los efectos limitados considera que los medios son eficaces reforzando lo que ya se piensa, pero que no tienen esa capacidad que se había considerado anteriormente para provocar cambios de opinión en el público. Los medios, en definitiva, pasan de estudiarse para entender qué efectos provocan en el público a estudiarse en sentido inverso: qué efectos provoca el público en los medios, es decir, el novedoso enfoque representado por la teoría de los usos y gratificaciones (Katz, Blumler y Gurevitch, 1992 [1973]). Pero todo ello se analiza en un escenario, como denunciaría la teoría crítica, en el que los medios contribuyen, ante todo, a eliminar las disonancias en el sistema, incluso generando espacios

confortables para las (poco relevantes) disonancias que pudieran surgir, que se integrarían así en el sistema (Adorno y Horkheimer, 1997 [1944]).

En el análisis del papel social de los medios de comunicación siempre ha existido la prevención sobre su abuso, sobre el tipo de disfunciones que podrían generar. La polémica eterna entre apocalípticos e integrados (Eco, 1995) ha tendido a ofrecer mayor cancha a los primeros, fundamentalmente porque la evidencia de que la intermediación mediática condiciona prácticamente cualquier decisión política o social confiere un enorme poder a los medios. Y este poder, incluso aunque se ejerza con responsabilidad, inevitablemente genera disfunciones.

La eclosión de la ficción distópica: control y descontrol

En los últimos años, han proliferado enormemente las visiones distópicas en la ficción. Visiones que presentan mundos más o menos alejados en el tiempo, más o menos divergentes de nuestro mundo contemporáneo, pero cuyos cambios respecto del mundo real por lo general ofrecen un resultado peor. En general, estas distopías están vinculadas por la percepción de que los avances tecnológicos se están acelerando y saliendo del control humano, con realizaciones como la Inteligencia Artificial, cuyo papel, como nos enseñan productos de ficción tan exitosos como *Matrix* (1999) o *Terminator* (1984), conlleva rebelarse tan pronto como puede de sus inútiles y abusivos dueños humanos, exter-



minarlos y convertir a los pocos que quedan en sus esclavos. Así, la IA conlleva un mundo de posibilidades, pero todos intuimos, hemos sido educados en ello, que puede acabar muy mal. Y el desastre puede estar más cerca de Skynet ordenando iniciar las secuencias de lanzamiento de misiles nucleares que la *terrorífica* victoria de la IA frente a grandes maestros del ajedrez (que, por otro lado, hace décadas que se ha producido ya), aunque novelas recientes como *Maniac* (Benjamín Labatut, 2023) nos dejan claro que primero va una cosa (el ajedrez y el Go) y después, tal vez, la otra (las secuencias de lanzamiento). Series como *Black Mirror* (2011-2025) muestran un auténtico compendio de avances tecnológicos en futuros cercanos, que son inicialmente prometedores; pero al final, casi siempre, salen mal.

Al mismo tiempo, estas tecnologías son frágiles. Los sistemas de comunicación y control están mucho más intervinclados entre sí que en el pasado. Además, son mucho más homogéneos que antaño, porque todos o casi todos ellos son digitales. Todos dependen de la conexión a Internet y de la electricidad para funcionar. Así que, cuando caen, tienden a caer a lo grande. Todos estamos comunicados por múltiples vías, siempre conectados, hasta tal punto que la desconexión puede generar angustia (Kaun y Treré, 2020). Recientemente, el 28 de abril de 2025, la península ibérica vivió un apagón que se prolongó durante varias horas, y cuyas causas permanecen inexplicadas, pero sí que dejan claro que el sistema es mucho más frágil de lo que parecía. Y también estábamos preparados para ello, porque la ficción ya nos había puesto en antecedentes. Incluso existe todo un subgénero de ficción distópica basado en los apagones: la española *Apagón* (2022), la francesa *El colapso* (2019), y muy recientemente la estadounidense *Día Cero* (2025) y la argentina *El Eternauta* (2025), basada en el cómic de 1969 de Héctor Germán Oesterheld. Encontramos un antecedente temprano en la película *La Jungla de Cristal IV* (2007), cuando Bruce Willis interpreta a un detective John McClane cincuentón que manifiestamente se ha quedado atrás y no entiende las nuevas tecnologías. Pese a lo cual, ha de enfrentarse a los terroristas de turno, que ahora ya no ponen bombas, o no sólo, sino que se dedican a crear un “caos total”, el colapso del transporte, las comunicaciones y los servicios básicos.

“ Todo el planeta vivió una distopía mucho más real, inmediata, y completa para la inmensa mayoría de los ciudadanos: la pandemia de Covid-19.

De manera que nos encontramos en una situación paradójica, que queda reflejada fielmente en las distopías, y también en las teorías de la comunicación: por una parte, cada vez vivimos en una sociedad más controlada y organizada. La digitalización conlleva la dataficación de campos sociales cada vez más amplios (Van Dijck, 2014), que puede considerarse, a su vez, un estadio avanzado de la mediatización (Strömback, 2008) adaptada a la digitalización (Finnemann, 2014). En efecto, el ser humano cada vez está más conectado, en todos los sentidos (McLuhan, 1996 [1964]), y deja más rastros tecnológicos de todo lo que hace y dice. De hecho, el funcionamiento algorítmico de Internet y la plataformización dependen de la interpretación de dichos rastros, cuya explotación tiene enormes consecuencias comerciales, sociales y políticas en todos los órdenes. Ahora podemos tener un registro de absolutamente todo lo que hacemos y decimos, pero el problema es que otros también pueden tenerlo; en particular, las corporaciones multinacionales para las que trabajamos (Morozov, 2013), que organizan nuestra vida y nuestras preferencias merced a nuestra inestimable colaboración (Pariser, 2011).

Por otra parte, este escenario de control casi absoluto, más cercano a la hipótesis de Huxley que a la de Orwell (si hablamos del mundo occidental, al menos por ahora), porque depende del consentimiento y la colaboración de los ciudadanos, es potencialmente muy frágil. Las distopías, se basen en escenarios postapocalípticos o en pesadillas controladoras, o en la combinación de ambas, provienen de situaciones de crisis generadas con comienzos a menudo insospechados o menores. Como también avisaba tempranamente Umberto Eco (1974), la sociedad civilizada es más frágil de lo que parece. Y ahora, nos avisa la ficción, parece muy frágil. Series como *Silo* (2023-2025), *Paradise* (2025) o *Fallout* (2024), esta última adaptación de un videojuego, comienzan con lo que queda de la Humanidad malviviendo bajo tierra en estructuras autosuficientes. Una situación que en algunos puede prolongarse durante cientos de años. Los habitantes de estas instalaciones subterráneas no pueden salir a la superficie, porque ésta está envenenada. Los humanos han destruido el planeta y en su lugar han montado modestísimas soluciones habitacionales en las que malvivir. *Soluciones habitacionales* que, además, son también muy frágiles: cualquier percance se puede llevar por delante los ecosistemas generados para sobrevivir.

Distopías muy reales

La sensación de fragilidad imperante no sólo emana de distopías que tratan de reflejar en la ficción lo que podría pasar si algo se trunca, sino de situaciones que nos han introducido plenamente en el campo de la distopía, como el mencionado apagón o, naturalmente, la pandemia del coronavirus. Estas distopías que cobran vida llegan a rivalizar con algunas de las ficciones que pretenden asustarnos.

Cojamos el ejemplo de la serie de la BBC *Years and Years* (2019). Se trata de una distopía que comienza amablemente, en el mundo de hoy. Progresivamente, y a lo largo de los años, los avances tecnológicos se combinan con una situación social, política y económica, que va a ser progresivamente peor para los ciudadanos británicos (representados en la serie a través de una familia de clase media). Algunos personajes pierden todos sus ahorros y experimentan un drástico descenso de su nivel de vida, otros ven cómo les recortan las prestaciones sanitarias, o cómo su afán por estar al día tecnológicamente tiene tenebrosos efectos secundarios. Y un personaje muere como consecuencia indirecta de las políticas represivas británicas y su evolución tras el Brexit.

Years and Years se presentó como una distopía “realista”, que podría ocurrir, cuyo primer aldabonazo era el enfrentamiento entre Estados Unidos y China que acaba conduciendo al estallido de una bomba nuclear, lanzada por orden del presidente de EEUU, Donald Trump, al final de su mandato, sobre una isla artificial china. La serie tuvo un éxito inmediato, pero después quedó en segundo plano. Y el motivo es que todo el planeta vivió una distopía mucho más real, inmediata, y completa para la inmensa mayoría de los ciudadanos: la pandemia de Covid-19. Una pandemia para la que nadie estaba preparado, a pesar de las advertencias previas y de las señales que podían verse en el estallido inicial de la propagación del virus en la provincia china de Wuhan, que en apenas dos meses había llegado a casi todo el planeta.

Precisamente porque el mundo está totalmente interconectado, fue totalmente imposible detener su propagación, y cuando ésta fue un hecho la solución de los gobiernos consistió en aplicar medidas drásticas de restricción del movimiento que en muchos países acabaron en un confinamiento de la población durante meses. Una fantasía distópica de control de la población por parte de los Go-

biernos, con la policía y el Ejército en primer plano (López-García, 2020). Un confinamiento en el que los medios y sistemas de comunicación fueron más importantes que nunca, acelerando el imparable proceso de incremento de la mediatización que vivimos desde que las tecnologías digitales comenzaron a expandirse a finales del siglo XX (Calvo, López-García y Aguar, 2024).

Los años posteriores a la pandemia han sido pródigos en situaciones distópicas. En España, muy recientemente, hemos vivido un apagón general de casi un día de duración, el 28 de abril de 2025, cuyas causas hasta la fecha permanecen inexplicadas. La población se encontró súbitamente sin luz eléctrica, y si la cosa se hubiera prolongado unas horas más habrían terminado por caer las comunicaciones telefónicas y por radio, y también -en los núcleos principales de población- el agua corriente. Y después de eso, el caos. Afortunadamente, no duró tanto, y se quedó en una peligrosa anécdota, que muestra lo fácil que es truncar la hiperconexión tecnológica en la que vivimos.

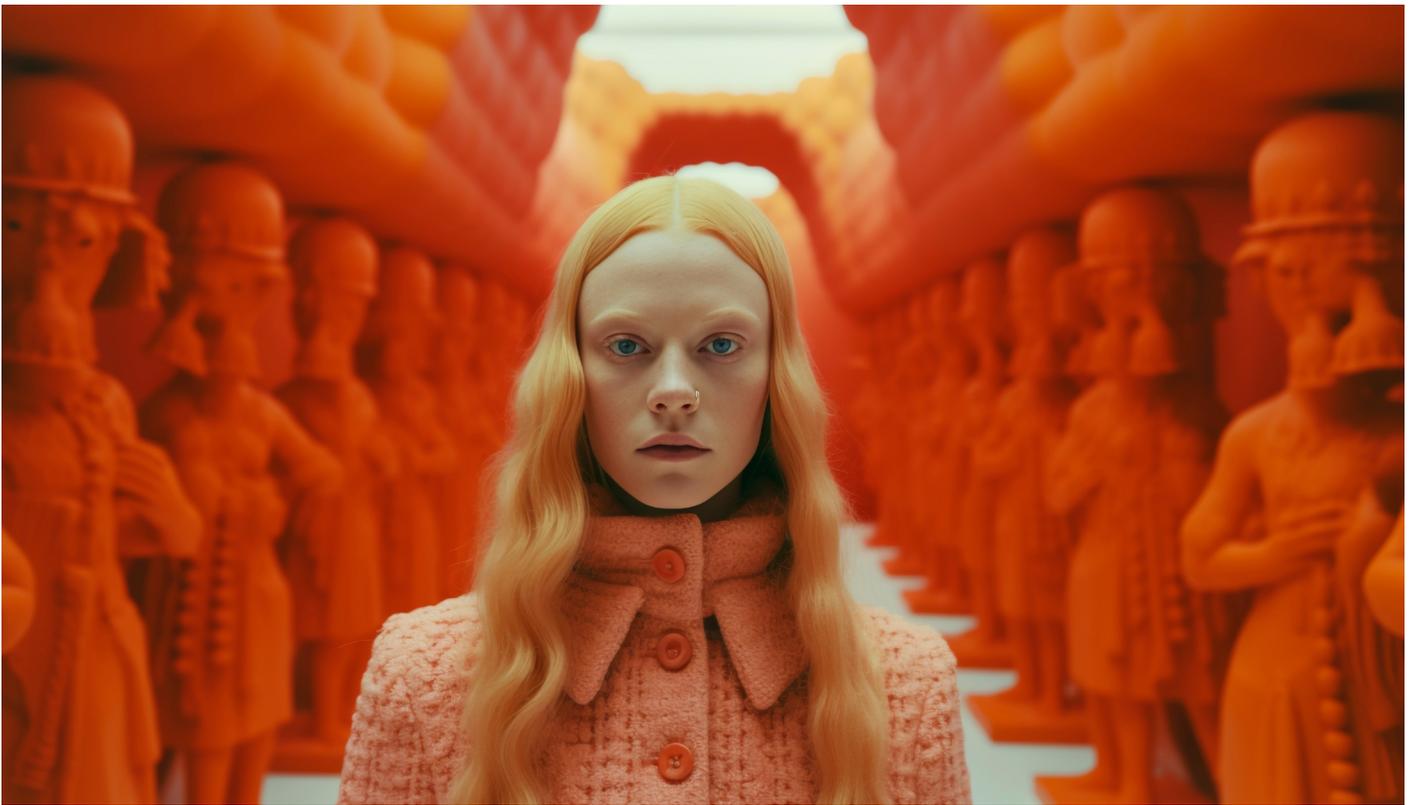
Pocos meses antes, los ciudadanos del área metropolitana de València vieron cómo sus pueblos se inundaban y, en cuestión de minutos, formaban un río enfurecido que arrastró los coches y anegó las viviendas, matando a más de 200 personas. Nadie les avisó de lo que

podía suceder, o bien los avisos previos, que los hubo (pero no por parte de las autoridades competentes en la materia), no fueron lo suficientemente claros ni consistentes, ni obtuvieron una visibilidad que en el actual escenario de fragmentación de los medios y las audiencias es mucho más difícil de conseguir que antes (Calvo, Llorca-Abad y Cano-Orón, 2025). Tras la riada, los municipios afectados se quedaron desconectados durante días, y a veces durante meses: sin electricidad, sin agua potable, sin comunicaciones efectivas con el exterior. La Dana de Valencia, además de constituir un ejemplo prístino de la incompetencia e incapacidad de una clase política mucho más preocupada por la narrativa de los hechos -y de su gestión de los mismos- que por los hechos y la gestión en sí, también ejemplifica el paso drástico de una sociedad hiperconectada a una desconexión inesperada.

El panorama no sólo se ha vuelto más distópico en términos que tienen que ver con el colapso o mal funcionamiento de los servicios públicos. La distopía también se está asentando entre nosotros, sobre todo, desde una perspectiva política. El año



Una polarización que a menudo adopta retóricas también distópicas



2016, en el que se produce el Brexit y la primera victoria presidencial de Trump, puede considerarse el pistoletazo de salida de diversas tendencias en el plano político que tienen mucho que ver también con la comunicación, especialmente la comunicación política: por un lado, el incremento sustancial de la desinformación como problema (Bennett y Livingston, 2018). Por otro, el aumento de la polarización política en la mayoría de los países (Palau-Sampio y López García, 2025). Una polarización que a menudo adopta retóricas también distópicas, anunciando todos los males de los que moriremos si el maléfico líder del partido rival pone sus sucias manos en los inocentes Presupuestos del país; o, sencillamente, asustando a la población con retóricas militaristas o directamente escenarios apocalípticos para los que la población debería prepararse con kits de supervivencia y, si se tercia, búnkeres subterráneos (nada más ridículamente distópico, en relación con esto, que la “mochila de supervivencia” promocionada con singular frivolidad en un vídeo por parte de la comisaria de Gestión de Crisis de la Comisión Europea, Hadja Lahbib). A esta polarización contribuye el incremento de la popularidad de opciones políticas extremistas que ponen en duda la legitimidad de los regímenes democráticos en los que formalmente operan; a menudo, empleando retóricas populistas que también hacen extensiva su desconfianza hacia los medios de comunicación de referencia, que presentan como instancias al servicio de determinadas élites (Bobba, 2023).

Todo ello ha asentado en buena parte de la población una difusa sensación de malestar, de que las cosas van peor que antes y no mejorarán, a la que no es ajena en absoluto la abundancia de malas noticias que nos envuelven. La crisis climática es un problema sin solución sencilla (y, quizás, sin solución a secas), que está detrás de algunas de las catástrofes que hemos relatado. La guerra de Ucrania y el genocidio de Gaza, así como el doble rasero con el que se juzga al agresor en sendos conflictos, fuertes con Rusia y débiles con Israel a todos los niveles (incluso en los más ridículos, como la participación en el festival de Eurovisión), también han contribuido a incrementar la sensación de que estamos entrando en una distopía. La llegada de Donald Trump, por segunda vez, a la presidencia de Estados Unidos y los cambios en el orden mundial que esto pueda producir también generan incertidumbre, sobre todo en los países occidentales. Tantas malas noticias, potenciadas y aumentadas a través tanto de los hechos como de la ficción, tienen un poder paralizante sobre los individuos (Rey Segovia, 2023).

Medios que pasan de moda

Estamos controlados por una intrincada red de comunicaciones que lo ve todo. Pero, al mismo tiempo, como hemos experimentado y como se proclama a menudo desde foros de opinión de expertos o portavoces políticos y se ejemplifica en la ficción, el sistema es muy vulnerable y cualquier cosa puede dar al traste con él. Volvemos, de nuevo, a la para-

dójica combinación de control y descontrol, con un desapacible aroma distópico, en la que vivimos, y a la que tampoco son en absoluto ajenos los enfoques teóricos contemporáneos que analizan la comunicación en todas sus facetas. La teoría busca explicar la realidad, y dicha realidad, en los últimos tiempos, está sometida a cambios muy relevantes y muy rápidos que no comprendemos del todo. La comunicación se ha ensanchado y diversificado, pero al mismo tiempo también se ha segmentado según las preferencias del público. Los medios son omnipresentes, pero las organizaciones mediáticas son mucho más débiles que nunca, en estructuras y en alcance (Pallau-Sampio y López-García, 2025).

Sirva de ejemplo el caso de la televisión pública autonómica, À Punt, que tuvo un papel estimable en la jornada de la Dana en Valencia, informando a la población. Su efecto, sin embargo, fue muy limitado, porque su audiencia también lo es: muy por debajo del 5% de la población. Por otro lado, los medios de comunicación tuvieron grandes audiencias durante la pandemia, pero su estructura económica se debilitó aún más.

Cada vez más personas son *news avoiders*, evitadores de noticias (Skovsgaard y Andersen, 2020) que dan la espalda a los medios. Así, las informaciones difundidas desde los medios de comunicación ya no llegan a fracciones cada vez más representativas del público o bien lo hacen indirectamente, como defiende la perspectiva NFM, *News Find Me* (Gil de Zúñiga y Cheng, 2021) cuyo fundamento se explica en su propia formulación: “las noticias me encuentran”, ya no tengo que ir a los medios de comunicación para consultarlas. El público consume lo que quiere consumir, o lo que sus propias preferencias, indicadas previamente en sucesivas decisiones de consumo, le han inducido a consumir, incrementando la exposición selectiva (Stroud, 2008). La fragmentación de las audiencias genera colectivos cada vez más homogéneos, pequeños y autosuficientes, algo particularmente claro si adoptamos una óptica generacional.

La desinformación campa a sus anchas y la preocupación de instituciones y medios de comunicación por tratar de atajarla a menudo lleva a conclusiones también distópicas, como la visión de que censurar o mentir a la población, después de todo, no resulta tan mala idea si es por una “buena causa” (cabría suponer que por tal tendríamos que entender preservarles de los efectos de los que desinforman y mienten todavía más). Muchos enfoques teóricos ven en la desintermediación o pérdida de la intermediación mediática el compendio de todos los males que nos afectan (Bimber y Gil de Zúñiga, 2022).

Podemos observar que el balance sobre el papel de los medios, su función social, su influencia, es muy pesimista. No sólo porque los medios pierden peso específico, sino porque se percibe con una lente adecuadamente distópica lo que surge en lugar de los medios: pasto de la polarización, la desinformación, la precarización de la información en todos los sentidos. Un modelo comunicativo aislado, parcial e inexacto. El balance sólo puede ser provisional, porque los cambios son muy recientes y además la situación continúa evolucionando.

A la espera de ver si la(s) teoría(s) acierta(n) con un enfoque tan distópico y pesimista, también conviene apuntar que algunas de estas visiones traslucen a veces cierta nostalgia por ese mundo mítico del pasado en el que medios de comunicación independientes, imparciales y de calidad, comprometidos sólo con sus lectores, ejercían una intermediación que era ante todo información para el público y vigilancia y denuncia de los abusos del poder. Este modelo, que tal vez alguna vez pudo funcionar o parecer que funcionaba en el mundo anglosajón, nunca tuvo tanto predicamento en España, y desde luego nunca funcionó como entidad independiente e imparcial (Hallin y Mancini, 2004).

Finalmente, y para que este texto no constituya, en sí, un pequeño granito de arena más para cimentar la distopía y el malestar sociales, convendrá recordar también que su opuesto, la utopía, a menudo ha generado muchos más problemas sociales que su gemelo perverso. Como ya avisaba Karl Mannheim en su obra de 1929 (titulada precisamente *Ideología y Utopía*), las utopías no son sino herramientas de control social, mecanismos para condicionar a la población descontenta prometiéndoles que sus padecimientos tendrán una recompensa en un futuro idílico al que finalmente llegarán, sea en este o en otro mundo. Mientras la mayoría de la población vive condicionada y organizada en torno a determinadas ideologías, las utopías sirven como un consuelo para aquellos a los que la ideología no puede satisfacer. No es difícil reconocer en este planteamiento reminiscencias de la obra de Huxley *Un mundo feliz*, publicada apenas tres años después. Tal vez respecto del mundo en que nos encontramos, también en el campo de la comunicación, convenga no desalentarnos demasiado por distopías sensiblemente peores que la que quizás estemos viviendo; pero tampoco dejarnos distraer por utopías manifiestamente tan o más irreales que las distopías que en teoría vienen a combatir. En definitiva, que las distopías sirvan como advertencia y como principio motor de la movilización social para tratar de evitarlas. ■

REFERENCIAS

- Adorno, T. y Horkheimer, M. (1997) [1944]. *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid: Trotta.
- Bennett, W.L. y Livingston, S. (2018). The disinformation order: disruptive communication and the decline of democratic institutions. *European Journal of Communication*, 33(2), 122-139.
- Bimber, B. y Gil de Zúñiga, H. (2022). The unedited public sphere. *New Media & Society*, 22 (4), 700-715. <https://doi.org/10.1177/1461444819893980>
- Bobba, G. (2023). La comunicación política populista. En G. Mazzoleni (ed.), *Introducción a la comunicación política* (pp. 165-206). Alianza Editorial.
- Calvo, D.; López García, G.; y Aguar, J. (2024). *Periodismo digital. Ecosistemas, plataformas y contenidos*. Salamanca: Comunicación Social. Disponible en https://www.comunicacionsocial.es/libro/periodismo-digital-ecosistemas-plataformas-y-contenidos_158062/
- Calvo, D.; Llorca-Abad, G.; y Cano-Orón, L. (2025). *Bulos y barro: Cómo la DANA ejemplifica el problema de los desórdenes informativos*. Libros de La Catarata.
- van Dijck, J. (2014). Datafication, dataism and dataveillance: Big Data between scientific paradigm and ideology. *Surveillance & society*, 12(2), 197-208. <https://doi.org/10.24908/ss.v12i2.4776>
- Eco, U. (1974). La Edad Media ha comenzado ya. En U. Eco (Coord.) *La nueva Edad Media* (pp. 9-36). Alianza Editorial.
- Eco, U. (1995). *Apocalípticos e integrados*. Barcelona: Tusquets.
- Finnemann, N. O. (2014). Digitization: new trajectories of mediatization?. En K. Lundby (ed.). *Mediatization of Communication* (pp. 297-321). Berlin: De Gruyter.
- Gil de Zúñiga, H. y Cheng, Z. (2021). Origin and evolution of the News Finds Me perception: review of theory and effects. *Profesional de la información*, 30(3). <https://doi.org/10.3145/epi.2021.may.21>
- Hallin, D. C. y Mancini P. (2004). *Comparing Media Systems: Three Models of Media and Politics*. Cambridge University Press.
- Katz, E.; Blumler, J.; y Gurevitch, M. (1994). Usos y gratificaciones de la comunicación de masas. En M. Moragas (ed.), *Sociología de la comunicación de masas* (pp. 127-171). Gustavo Gili
- Kaun, A. y Treré, E. (2020). Repression, resistance and lifestyle: charting (dis) connection and activism in times of accelerated capitalism. *Social movement studies*, 19(5-6), 697-715. <https://doi.org/10.1080/14742837.2018.1555752>
- López-García, G. (2020). Vigilar y castigar: el papel de militares, policías y guardias civiles en la comunicación de la crisis del Covid-19 en España. *El profesional de la información*, 29(3), 1-15. <https://doi.org/10.3145/epi.2020.may.11>
- Mannheim, K. (1987) [1929]. *Ideología i utopia*. Edicions 62.
- Marcuse, H. (1994) [1964]. *El hombre unidimensional*. Ariel.
- McLuhan, M. [1964] (1996). *Comprender los medios de comunicación. Las extensiones del ser humano*. Paidós.

- Morozov, E. (2013). *To Save Everything, Click Here: The Folly of Technological Solutionism*. Public Affairs.
- Palau, D. y López-García, G. (2025). *News, Media, and Communication in a Polarized World: a Spanish Perspective*. Springer. Disponible en <https://link.springer.com/book/10.1007/978-3-031-86620-3>
- Pariser, E. (2011). *The Filter Bubble. What the Internet is Hiding from You*. Penguin Press.
- Rey Segovia, A. C. (2023). Impotencia reflexiva en la distopía adolescente contemporánea: La resignación como aprendizaje. *Análisis. Revista de investigación filosófica*, 10(1), 67-86. https://doi.org/10.26754/ojs_arif/arif.202318559
- Skovsgaard, M. y Andersen, K. (2020). Conceptualizing news avoidance: Towards a shared understanding of different causes and potential solutions. *Journalism studies*, 21(4), 459-476. <https://doi.org/10.1080/1461670X.2019.1686410>
- Strömbäck, J. (2008). Four Phases of mediatization: An Analysis of the Mediatization of Politics. *International Journal of Press/Politics*, 13, 228-246. <https://doi.org/10.1177/1940161208319097>
- Stroud, N. J. (2008). Media use and political predispositions: Revisiting the concept of selective exposure. *Political behavior*, 30, 341-366. <https://doi.org/10.1007/s11109-007-9050-9>
- Tchakotine, S. (1992) [1939]. *Le viol des foules par la propagande politique*. Gallimard.